

## Prólogo

GUSTAVO VILLAPALOS

La memoria es la única conciencia posible, el único pilar sobre el que afianzar la propia personalidad. Por eso recordar es un imperativo ético. Los hombres sólo son cuando se hacen y se hacen al hacer efectivos sus recuerdos. La persona es algo siempre actuante, no es un mero existente, es para sí misma su tarea: proyectarse al futuro desde los sedimentos de su pasado. Por eso recordar, contra su propia etimología —*re-cordis*—, no es volver a vivir, sino la única manera de trascender la contingencia vegetativa de la planta o la insuficiencia constitutiva del bruto, la única manera, pues, de vivir. La prisa y el estrés que califican la circunstancia contemporánea están arrumbando la memoria y, con ella, la posibilidad de encaramarnos al estatuto de libres. En *La lentitud*, Kundera enuncia dos ecuaciones elementales de la matemática existencial: el grado de la lentitud es directamente proporcional a la intensidad de la memoria; el grado de velocidad es directamente proporcional a la intensidad del olvido. Conviene sacar las consecuencias para salvar la conciencia de las asechanzas urdidas por el efecto corruptor de la prisa. Pero hay también una memoria que tiene que ver más con la dignidad que con la conciencia. Me refiero a la evocación de aquellos ausentes cuya presencia nos otorgó algún día el don de la amistad y del afecto, intensificando así la densidad de nuestra identidad. Esta memoria es el homenaje que el valor de la gratitud rinde a la virtud de la excelencia. Esa memoria es el pago de una deuda contraída con quien nos distinguió acompañando sus pasos a los nuestros. Y dándonos en ese tránsito algunos fragmentos de su propia memoria, de su propio capital adquirido en el oficio de vivir.

Ahora que nada nuestro es suyo ya estamos más asediados todavía por el desigual comercio que tuvimos, y mantenemos, con Adolfo Arias. A más de su carácter benéfico y del placer que su trato deparaba, nos regaló el ejemplo de su discreción en tiempos infectados de algarabía y un buen puñado de in-

tuiciones apodícticas de la esencia que quedan en su obra para consuelo de quienes añoramos su presencia. De Adolfo Arias aprendí lo que él había inferido de los filósofos que le iluminaron más: que los valores ni se inventan ni se acuñan de nuevo, que simplemente se descubren y, lo mismo que las estrellas del cielo, también ellos van apareciendo, con el progreso de la cultura, en el ámbito visual del hombre. Las cosas sensibles son percibidas, los conceptos son pensados y los valores se sienten. Si bien los espíritus uncidos a la mentalidad técnico-materialista pueden ser ciegos para el valor, están incapacitados, como afirma un proverbio checo para «asomarse a las ventanas del buen Dios». En el ancho cielo de lo moral brilla el valor de la gratitud, la simpatía y el reconocimiento a quienes nos hicieron mejores por más felices y más sabios. Este homenaje no es por tanto un deber, no ha sido imperado por silogismo alguno, sino que nace de la «lógica del corazón» de la que habló Pascal.

Al concreto corazón que latió en el pecho de Adolfo Arias se refieren las aportaciones de los profesores Todolí y Jiménez García, ambos dibuja el perfil de un hombre que poseía el don particular de los filósofos, esa gracia inspirada en el perfecto metabolismo de lo razonable. Los profesores Maceiras y Muñoz-Alonso glosan los aspectos sustanciales de la noesis de Adolfo Arias que, arrancando de Husserl y de Scheler contempla, desde la fenomenología como método, los problemas filosóficos de nuestro tiempo. Una treintena de estudios históricos, de filosofía española y sistemáticos completan esta ofrenda a la memoria de un profesor que lo fue también para mí en los pocos ratos que los asuntos del gobierno de la Universidad nos dejaban libres.